

PSICODÉLICA

Un tiempo alucinante

JUAN LAGARDERA

PSICODÉLICA

Un tiempo alucinante

CONTRABANDO

Narrativa 34

PSICODÉLICA. Un tiempo alucinante

© Juan Lagardera, 2022

Ediciones Contrabando

© Arial Artes Gráficas SL

Plaza Pedagoga Raquel Payà, 10 Bajo 2 46006 Valencia

editorial@edicionescontrabando.com

www.edicionescontrabando.com

Ilustración de cubiertas: Victoria Tudela (fotomecánica) sobre una obra de Gino Rubert (The Opening).

Fotografía: Joaquín Bérchez

Maquetación: Esperanza Navarro

Primera edición: Octubre 2022

Código BIC: FA

ISBN: 978-84-125189-4-8

Depósito Legal: V-2617-2022

Printed in Spain - Impreso en España

Queda prohibida la reproducción, distribución, comercialización, transformación y, en general, cualquier otra forma de explotación, por cualquier procedimiento, de todo o parte de los contenidos de esta obra sin autorización expresa y por escrito de los titulares del “copyright”.

Dedicado a José Luis y Tito Mora, a Olga Poliakov,
Rafa Vanaclocha, Juan P. A., Salvador Faus, Rafa E.,
Isabel Lázaro, Carmen Alborch, Emilio G. M., Vicente G.,
Paco Lluch, Fk., Jose Manuel Vidorreta, Juan "el Largo",
y a todos los que se sintieron jóvenes en los 70.

*I wish that I knew what I know now. When I was younger.
Ooh, la, la, yeh, yeh...**

** Ojalá hubiera sabido lo que sé ahora, cuando era más joven.
Oh, la, la, sí, sí...*

(Estrillo de la canción *Ooh, La, La*, de The Faces. Fue número 1 en las listas de UK en 1973. Se atribuye su autoría a Ron Wood y Ronnie Lane, mientras su vocalista Rod Stewart iniciaba una carrera en solitario).

PREÁMBULO

Hace cerca de medio siglo de los hechos que se relatan a continuación. Acontecimientos que en pura realidad no sucedieron. Tal vez fueran apariencias. La memoria del escritor los ha recuperado a retales. Cuando la historia le parecía muy concreta, la transformaba, y cuando no era lo suficientemente mágica, la exaltaba. Hay personajes que responden a su descripción, pero la mayoría son recreaciones inventadas en situaciones que a muchos lectores les parecerán grotescas. Sabemos, sí, que los episodios tuvieron lugar entre la imaginación del novelista y la ciudad de Turiápolis, aunque este manuscrito pueda no ser una novela por más que los cánones de dicho género sean tan dispares, incalculables.

A mediados de la década de los 70 del siglo pasado, grupos de jóvenes que rondaban los veinte años vivieron experiencias de cariz transformador en todos los órdenes de la vida: las relaciones personales, ya no digamos el sexo, la música y el resto de las artes, sobre todo las plásticas, el cine, la manera de vestirse y peinarse, sus lecturas, la política y unos nuevos estados de conciencia mediados por las drogas para vivir más allá de lo percibido hasta entonces, en busca de más sensaciones, experiencias nuevas y ampliar la percepción del conocimiento.

Por aquellas fechas no sabían que el vino alarga la vida gracias al resveratrol, o que los griegos nunca iban a la batalla sin una buena euforia tras vaciar sus ánforas. A pesar de ello ¡no bebáis todavía!, antes tengo que contaros historias de amor, interpretaros cancio-

nes, como se anuncia en la cantata de la tierra de Gustav Mahler, como hacían pueblos guerreros, los hititas, que antes de sellar un acuerdo de paz lo estudiaban en dos momentos, primero sobrios y después ebrios. O como Charles Bukowski, uno de los escritores más borrachos de la historia, autor del *Cuaderno manchado de vino*, quien terminó redimido gracias a dejar los licores destilados y a su matrimonio con una nutricionista. Al final, vivió bastantes más años de los que le vaticinó su primer médico endocrino.

En dichos tiempos murió un futbolista del Barça tras una indigestión de mejillones, la víspera de un derbi contra el Real Madrid. Y se adulteraba el aceite de colza que compraba la gente más humilde; los deportistas profesionales tomaban anfetaminas y los músicos morían jóvenes por sus excesos con las drogas. Las estrellas del cine preferían los accidentes en coche deportivo. También se dijo que un miembro de la banda de los Rolling Stones se electrocutó en su estupenda piscina climatizada. Los tiempos del pentobarbital con Johnny Walker de Marilyn Monroe habían quedado muy atrás y todavía faltaban dos décadas para el atropello de Nico en su bicicleta todoterreno; circulaba por Ibiza y le costó la vida a la cantante y modelo. Ella era la voz de bajo wagneriana en la Velvet Underground que protegía Andy Warhol.

SUMARIO PARA LECTORES NO AVEZADOS

1 Doctor Lima

El Dr. Vicente Lima Ortiz y Constanza Martí tienen cinco hijos: Vicentín, Miguel, Lola y los dos pequeños. Habla cuatro idiomas y practica surf en Portugal. Emilio Martí, maestro cervecero, es su cuñado. El Dr. Enrique Garrut, su vecino..... 17

2 Cooperativa inmobiliaria de médicos

Un gran piso domiciliario y a la vez consulta frente al río, cuya cocina atiende la tía Marcela. Rafa Villafamés es el mejor amigo de Miguel Lima Martí. Los Lima no guardaban ningún parentesco con Ulises..... 23

3 El pub Psicodélica

Juanito dirige su bar musical, es el nieto del editor de Prometeo. Boro tocaba el bajo. Violeta vestía de Montesinos..... 27

4 Una biblioteca políglota

Componen a Stendhal, versionean a Dylan..... 31

5 La casa de Pintor López

Las campanitas del popper. Una noche equívoca de sexo con Ana y Pepa..... 35

6 Tía Marcela

La fábrica de altavoces Martí-music. Blay, el amigo del doctor, se incorpora al consejo familiar..... 39

7 Desolation Row

La noche loca de Bernardo Rocamadour y Gil de Biedma. Los prochinos. La librería Duncan de Segismundo, profesor de marxismo de la reina..... 45

8 De Mao a la astrología

Ricardo y sus padres, músicos en Beirut. La chica sagitario de largas piernas..... 51

9 El atraco al teatro comunista

Llegan los situacionistas a la ciudad. Leonardo Rocamadour se exilia en París. El Antiedipo..... 57

10 El barrio del Carmen

Releyendo a Tynan. De los oficios al bareo. Los primeros viajes lisérgicos. El Greñas vuela a Marte..... 65

11 Las amigas de Lola Martí

Whiskeras en Mallorca. Es coca. Begoña, hija del jamonero..... 71

12 Camino de Ámsterdam

En la plaza Dam. *I love* Corina..... 77

13 Holanda

Consejo disuelto. La casita de Emilio y Lucía en Delft. Fabricando cerveza. Un mitin de Felipe..... 83

14 El Club Pickwick

Juanito deja a Clara por Leonor. 89

15 Se rompe la familia Roselló

Traspasan Psicodélica y el Sant Bult..... 93

- 16 Llega Lindsay Kemp
Olga Poliakov a escena. De camping en el Saler. La discoteca Decráneo. Jaime renuncia a Pedro Almodóvar. Todos quieren ser Salomé..... 99
- 17 Boro ya es músico profesional
La gira con Alfons Albaida. Jazz en América..... 107
- 18 Redada campestre
Los estupas buscan a Javier Martínez. Villafamés canta con los Burrito Brothers..... 113
- 19 El Greñas se identifica con Rod Stewart
David Alemany las prefiere rubias. Chicos con suerte, chicos frustrados, chicos para un rato..... 119
- 20 Julie Christie en la Gallinera
Vicent Todolí en el estadio del Arsenal. Arnau Carbonell en Capsa 13. Berto, verbo rápido..... 125
- 21 La librería Margot
El influjo de Joan Fuster, entre Sartre y Pla. Las confesiones de un opiómano. De Lacan. Aparece Stevie Wonder en Eladio..... 131
- 22 Emili, te queremos
Jugando al billar con el Equipo Crónica. El español de *La consagración de la primavera*..... 137
- 23 Ramón Or
Jam session de guitarras acústicas, como en Laurel Canyon. Estalla una bombona. Llega el caballo..... 143

24 Asalto a la farmacia

Camellos en Stones. Jeringuillas por los suelos. Formentera.
Guillermo California se cura. Ronnie Lane en Badalona..... 149

25 Las hermanas Montero

De la moda. Influencias de Pasolini. El profesor de FEN era
alférez provisional..... 155

26 Pintores

Ismael Iglesias y Juan Miguel Bautista en Turiápolis. Dora posa
para Ismael..... 161

27 La infelicidad de los guapos

Mismidad. Kama y Rati. El despertar de las mujeres..... 167

28 Encuentro musical

Un gran concierto doméstico. En primicia *La chica de ayer*..... 173

29 Carmen Alborch con los ensayistas

De vuelta a la whiskería..... 179

30 Tras las huellas de la neuróloga

Sento se retira, se casa y cierra la casa. ¿Somos ideas precon-
cebidas?..... 183

1

El doctor Vicente Lima mantenía una bonita casa al sur de Lisboa, en las playas de los arrozales del Sado. A él y a su mujer les entusiasmaba el surf, una rareza siendo ambos mediterráneos, ponentinos. Hacia finales de los 60 oían canciones de los Beach Boys en los discos que traía su cuñado de Londres; ya estaban casados y tenían cinco hijos, tres varones y dos chicas. Los dos sabían inglés porque ella, Constanza, lo aprendía para traducirle los libros de neurología que él estudiaba al objeto de mejorar su currículum académico y ganar una plaza cuanto antes en el Hospital de Santa Apolonia. Fue número uno de su promoción, consiguió acceder al centro hospitalario e iniciar una exitosa carrera médica.

Lima tenía aficiones deportivas y veleidades literarias. Había conseguido que le publicasen un relato corto en *Jano*, la revista de medicina y humanidades. Le gustaba intentar leer en inglés, francés y alemán a los novelistas del siglo XIX y del XX, de Dickens a Stendhal y Thomas Mann. Así estaba organizada su biblioteca, los volúmenes médicos por un lado y por especialidades; la literatura en otro paño, por lenguas y autores. Abrió su propia y modesta clínica en la misma localidad donde ejercía en el hospital y le iba muy bien; las derivaciones de enfermos no eran mal vistas, todo lo contrario. Estaban camino de conseguir materializar todos sus sueños en un país que vivía en la nube del deseo y en la realidad de la ausencia.

Aquella semana Lima se había ido solo a Lisboa. Necesitaba descansar y únicamente podía durante ese turno. Constanza tenía que

quedarse un día más para hacerse unos análisis pendientes tras su último embarazo fallido. Al día siguiente cogería dos aviones y lograría reunirse con su marido en Lisboa. Los niños se quedaban al cuidado de Lucía, su cuñada, la mujer de Emilio, su hermano el londinense. Emilio dejó la compraventa de discos; había conseguido trabajo en la fábrica de cerveza de Heineken en Holanda, la Brouwerijen, cerca de Rotterdam, y se mudaban allí en cuestión de un mes. Quedarse con sus sobrinos significaba una entrañable despedida.

Por la mañana Constanza llamó a su marido a una hora prudente. Tendría que haber tomado ya el primer avión y, sin embargo, sonaba el teléfono.

–Soy yo, cariño. No puedo ir, cariño..., las pruebas han salido mal y tengo que quedarme hasta mañana. Pierdo los vuelos y es todo un lío. Lo siento.

–Teníamos planeado este viaje desde hace meses. Es la primera vez fuera de temporada que disfrutábamos de esta casa y no sabes cómo está el Atlántico: rabioso, con unas olas sensacionales, majestuosas...

–Ya lo sé, es una pena. Disfrútalo tú, te lo has ganado. Yo aprovecharé que los niños andan con la tía Lucía y acabo del todo la mudanza. El nuevo piso también está muy bonito.

–Pero no me organices los libros, por favor. La biblioteca es cosa mía.

La llamada se repitió a la mañana siguiente, sobre la misma hora.

–Hola, qué tal. Soy yo...

–Claro que eres tú. Este teléfono solo lo conocemos tú y yo. Bueno, y tu hermano, pero más le vale.

–No te metas con él, está cuidando de los niños.

–Cuidando es mucho decir. Supongo que habrán declarado el estado de guerra. Los cinco niños metidos en ese cuarto con literas que han puesto en casa de tu tía Marcela.

–Vicentín está en casa de unos amigos.

–¡Que ya tenga 18 años no da para irse de juerga aprovechando la mínima!

–No está de juerga. Está arriba, en casa del doctor Garrut; se lleva muy bien con el hijo mediano, el que toca la guitarra y estudia también primero de Medicina.

–¡Buen traumatólogo!

–Pues ya ves, si se rompe un brazo ya sabrán qué hacer con él.

–Desde luego...

–... Vicente... No estoy bien... –A Constanza se le quebró la voz mientras le arrancaba un leve sollozo.

–Pero qué te ocurre, qué te pasa... ¿No te encuentras bien?

–No estoy bien, Vicente... –Constanza empezó a llorar sin consuelo.

–Pero qué te ocurre... Será una tontería. Nada grave... No dramáticos, por favor, me vas a fastidiar las vacaciones...

–...Tengo cáncer, Vicente... –Constanza había dicho cáncer de modo muy rápido, a la máxima velocidad posible, como para rehuir la maldición de la palabra.

–¿Quéé?... ¿Qué? ¿Has dicho cáncer...?

–Sí, cáncer –ahora más lentamente.

Se hizo un largo, eterno silencio.

–¿De útero? –preguntó el doctor.

–Sí, así es.

–Mira que tuve un mal presentimiento cuando sufriste el aborto natural. Me dio un palpito con esa posibilidad... Bueno, me vuelvo a casa.

–No, no, no vuelvas, no hace ninguna falta. Aquí no vas a solucionar nada. Estamos en los análisis preliminares.

–Deja, deja. Hay que ver cómo está ese tumor. Y hay que detenerlo como sea.

Constanza empezó a llorar al otro lado del teléfono. Vicente le envió un beso y colgó.

Para el día siguiente no había vuelos que enlazaran Lisboa con Turiópolis. El doctor Lima no podía esperar más, solo en una playa extranjera y sin otra cosa que hacer que calentarse la cabeza con la enfermedad de su mujer. En el aeropuerto de Lisboa decidió alquilar un coche y poner rumbo a casa.

Aquella noche volvió a sonar el teléfono en la nueva casa de Constanza junto al río, en Turiópolis. Pasada la medianoche, tarde para un día laborable cualquiera. Sus hijos estaban fuera y solían reclamar la atención de su madre.

-¿Mamá?

-Sí, ¿Miguel?

-Soy Miguel, mamá. Estoy harto del tío Emilio, está todo el día probando cervezas.

-Es su trabajo, cariño, es maestro cervecero.

-Y cuándo podremos mudarnos a la nueva casa.

-Pronto, muy pronto. A lo mejor mañana mismo.

-¿Mañana?, sí, por favor. Las clases empiezan la semana que viene y necesito ordenar todas mis cosas.

-No te preocupes.

-Buenas noches, mamá.

-Buenas noches, cariño... ¿Tus hermanos están bien?

-Sí claro, no se enteran de nada.

Constanza estaba ya en la cama, hablando por la terminal del teléfono que tenían en la mesita de noche, en el lado de su marido. Él era el hombre de lo urgente. Colgó a su hijo, el segundo, con el que mantenía más confidencias, y se acurrucó para coger el sueño en posición fetal. El teléfono volvió a sonar cuando no había pasado ni un minuto. ¡Qué pesadilla!

-¿La señora Constanza Martí?

-Sí, soy yo... -contestó somnolienta a la voz extraña.

-Siento despertarla. Ha ocurrido algo que debe saber...

¿Ha ocurrido algo? ¿Qué? Tras esa fórmula retórica no podía esconderse nada bueno. Las palabras se alargaban en el tiempo. El tiempo, en realidad, estaba detenido y se repetía como un eco en la mente de Constanza...

–El señor Vicente Lima Ortiz, ¿es su marido?

–Sííí.

–Lamento comunicarle que su marido ha fallecido...

Constanza se había desmayado. Se despertó minutos después creyendo que vivía una pesadilla y tomó un somnífero de los que guardaba en su mesita. La tuvo que despabilar a la mañana siguiente la asistenta de la casa. En camisón subió al piso del doctor Garrut donde pasaba la noche su hijo mayor, Vicentín. Estaban todos desayunando en ese momento y Constanza aprovechó para contar la noticia. Vicentín se quedó inmóvil, Enrique Garrut cogió el mando de la situación. Una hora más tarde sabían casi todo lo ocurrido.

Vicente Lima había tomado la carretera rumbo a la noche, preocupado por la noticia recibida –pensó Constanza mortificándose–; enfilando ya el tramo de la vía de Madrid a Turiápolis hubo un mal adelantamiento, no se conoce muy bien de quién, y se provocó un choque frontal. El doctor Lima murió en el acto por el traumatismo sufrido durante el accidente. La funeraria de Motilla del Palancar ya había recogido el cadáver y la Guardia Civil concluido el atestado. En unas horas el cuerpo llegaría a Santa Apolonia. Allí le honrarían y despedirían.

Estábamos a principios de septiembre de 1975. A Constanza el tumor se le desarrollaría muy rápidamente. Falleció unos días antes de la Navidad de ese año. Hacía pocas semanas que había muerto Franco. ¿Cómo el mundo entraba en esta espiral tan atrabiliaria? Ese mismo año los Beach Boys no pararon de discutir mientras su líder, Brian Wilson, era tratado de su adicción a las drogas psicodélicas.